



AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS DE SEMANA SANTA
-VÉLEZ-MÁLAGA-

© Antonio Galán Santana

© Agrupación de Cofradías de Semana Santa de Vélez-Málaga

Foto Pregonero: Fotosistema

Compone e Imprime: Gráficas Axarquía, s.l.
C/ . Río Genil, 3 bajo - 29700 Vélez-Málaga
Telf. 95 250 25 98 - Fax: 95 250 70 59

E-mail: graficaxarquia@terra.es

D.L. MA-481-2003

Hecho en Andalucía





Pregón Semana Santa 2010

que pronunció en el Teatro del Carmen
el día 20 de marzo

D. Antonio Galán Santana

Agrupación de Cofradías de Semana Santa
- Vélez-Málaga -



Si con palabras supiera expresar lo que por ti siento. Si alzar la cabeza pudiera para mirarte a los ojos. Si mi mano tan sólo pudiera la tuya rozar. Si postrándome de rodillas ante ti, mi devoción se acrecienta. Si el peso de tu trono sobre mi hombro, ya cansado, en bajadas y subidas de onomásticas gloriosas, hace purificar mi alma. Si me has permitido ver a mi hijo ocupar ese mismo puesto. Si afortunado me considero cuando a servirte vengo. Si tanto me has concedido sin yo merecerlo... ¡Cómo no voy a quererte, Virgen de los Remedios!

Quisiera sentirte muy cerca en estos momentos para superar el miedo, aclarar la garganta, templar los nervios. Sé, Madre generosa, que no me abandonarás porque, con el corazón, te lo estoy pidiendo. Gracias, Remedios de mis males. Gracias, Remedios de mis sufrimientos. Gracias por tus infinitas bondades, Virgen, Madre y Señora Coronada de los Remedios.

Rvdo. Padre Consiliario, Ilustrísima Sra. Alcaldesa, Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías de Semana Santa, Sr. Presentador, Dignísimas Autoridades, Sra. Autora del Cartel, Hermanos Mayores y Junta de Gobierno de la Agrupación, Presidentes Honorarios y Ex-Presidentes, Hermana Mayor de Ntra. Señora de los Remedios Coronada, Hermanos Mayores de las Hermandades de Gloria, Hermanos y Hermanas Cofrades, Querida familia, Apreciados Amigos, Señoras y Señores.

Gracias Sr. Presidente, a ti, y a la Junta de Gobierno que presides, por concederme esta oportunidad, de proclamar en voz alta, lo que más me gusta: la Semana Santa. Es una honra que guardaré en el corazón. Eterno será el agradecimiento. Ruego a Dios no defraudaros y estar a la altura de tan extraordinarios pregoneros que han ocupado éste y otros atriles.





A mi entrañable presentador, D. Miguel Flores Martín, gratitud sincera. Pocas dudas tuve en elegirte, lo vi claro desde el principio.

Has puesto de manifiesto con tus palabras, el cariño y la amistad que nos tenemos.

Hemos vivido y compartido juntos experiencias inolvidables que, un día, nos unieron para siempre y seguro, son las que han provocado tus consideraciones hacia mi persona, poco meritorias y menos relevantes.

Miguel, sé de tu esfuerzo que reconozco y no olvidaré. Gracias por lo que ha significado para mí, hermano de "rojo y morao", Cofrade incansable, viejo amigo.

La solemnidad de este acto carece de brillantez sin la presencia y el calor de todos ustedes. Gracias por estar aquí, sois el motivo que hace quebrar la voz del pregonero, provocar sensaciones, evocar nostalgias.

Vengo con el alma desnuda para mostrar mi interior, desprovisto de apariencia alguna, arropado por mi fe, confiado del amor de Dios y dispuesto a derramar pasión sobre la mayor de mis pasiones.

Deseo llevaros, con la torpeza de mis palabras, a deambular por el antes y el hoy. Ir de un pasado no lejano, vivido con intensidad cofrade, a un presente, repleto de esplendor, participación y logros.

Es difícil ocupar esta tribuna sin ser fiel a tus principios. El pregón implica gritar las vivencias, suspirar con los sentimientos y dejar respirar los recuerdos. Éste es el noble propósito.

Con la venia, proclamo con humildad y respeto mi pregón.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un sólo Dios verdadero.

Lo bello es conmovedor. Apasionante para los sentidos. Regocija el alma, estremece, colma el espíritu, hace brotar las emociones que se agolpan, anudan la garganta... Incluso te hacen llorar.

Cuánta belleza refleja el rostro evocador de una Dolorosa. Cuánta belleza serena transmiten sus ojos, cuánta ternura en sus labios sublimes, en el carmesí de su mejilla, en la mirada perdida que nos cautiva, en la lágrima desprendida por el dolor de ser madre.

¿Cómo puede ser bello el dolor de un Cristo hiriente? ¿Cómo va a ser bello el llanto de una Dolorosa?

Sólo hay un modo de entenderlo: desde el amor profundo, desde la fe firme y desde la devoción más intensa. Dejarse atrapar por esa belleza íntima, sobrenatural, que emana de Jesús y María. No racional, no entendible a la condición humana, inexplicable a la lógica del pensamiento.



Pregón Semana Santa 2010

¡Cuánta belleza hay en la Semana Santa! Y cuánto arte...

El encaje que, en laberinto cuidadoso de modos y formas, humaniza el rostro divino de nuestra Virgen. Eso es bello, eso es arte.

Un palio en movimiento, su tintinear acompasado, el tañer de una campana, el tambor bronco que marca el paso exacto, la música en todos sus estilos y compases... Eso, eso también es bello, eso es arte.

Los lienzos de nuestros renombrados pintores. La garganta que, en *quejío* de rezos y cantos, rompe la noche con piropos de saetas. El cirio que lento va consumiendo su luz. La agradable fragancia de las flores bien puestas. Eso es bello, eso es arte.

Lo portentoso de nuestros tronos, lo grandioso, lo desproporcionado de sus proporciones, finas tallas que tejen la noble madera, plata labrada por golpes de gubias, equilibrio perfecto de ménsulas, cajillos y cresterías. Eso es bello, eso es arte.

El señorío y elegancia de la guapa mujer veleña. Engalanada con peineta y mantilla, dando distinción a los desfiles procesionales y a actos como éste. Eso, eso sí que es bello, eso sí que es arte.

Ésta es la Semana Santa en su conjunto, un mundo excitante. Donde lo bello confluye. El arte se eleva a su máxima expresión. En las Cofradías, está reflejado en cada detalle, en cada elemento, en cada forma. Un despropósito de maneras en perfecta consonancia. Aquí, es más puro en su esencia, más noble en todas sus variantes, en toda su expansión, en todo su esplendor. Todo es vida, todo es bello, todo es arte.

Nunca hubo tradición cofrade en mi familia, a pesar de las fuertes creencias religiosas que en mi casa se tenían. Sólo un hermano de mi madre, mi tío Antonio, perteneció a la Cofradía del Santísimo Cristo de los Vigías, al que le tuvo, durante toda su vida, una devoción desmesurada.

Salía de mayordomo el Viernes Santo y me acuerdo de que, siendo muy niño, el primer capirote que me puse fue el suyo.

En mi época de infancia, y casi adolescencia, no era necesario nada especial para ser felices.

El recuerdo más lejano me lleva al colegio de Ntra. Señora de Gracia. Las Monjas Clarisas, ellas empezaron a guiar el árbol de mi vida. Desde aquí, les envió todo mi afecto y reconocimiento. Forjaron, a través de su credo, este espíritu cofrade que, más de cincuenta años después, permanece intacto e inalterable.

Entonces, era preceptivo dar las vacaciones de Semana Santa, la tarde del Viernes de Dolores. La felicidad inundaba las aulas, no tanto por no ir a





la escuela esos días, sino por disfrutar de las procesiones. Para ello, habíamos esperado, todo un año.

Desde el principio de esa tarde, el pórtico de la Parroquia de las Claras iba cambiando su aspecto habitual. Innumerables piezas del trono de la Pollinica se amontonaban con orden, traídas desde Santa María, donde eran guardadas al permanecer esta Iglesia cerrada al culto.

Qué inquietud por escuchar, de nuevo, los primeros sonos de la excelente Banda de cornetas y tambores de la Policía Municipal de Málaga. Ver de cerca cómo salía la palmera por la ajustada puerta de la Iglesia. La destreza de los horquilleros de túnicas blancas y faraonas a rayas. Vestir, otra vez, la capa rosa, color de pureza infantil, de inocencia juvenil, único, exclusivo, color de entrada triunfal, santo y seña de esta Cofradía.

Qué importantes nos hacía sentir a los niños de entonces, y qué felices éramos por salir de penitentes el Domingo de Ramos con la Pollinica y dejar que el aire llevara la capa al vuelo.

Pero, mi suerte, nacer en la calle Martillo número cuatro, donde vivían grandes hombres y mejores cofrades que hoy recuerdo con nostalgia. Calle con olor penetrante a aceite molido. A orujo de extractora. A casas de corral con animales domésticos. Calle de tapia blanca de convento para inventos traviosos, de aceras con argollas para amarre de caballerías, de trasiego, de carga y descarga de mercancías, de vida intensa, poco aburrida, de chiquillos jugando con tronillos improvisados a cofradías...

Cómo suponer que, años más tarde, esa calle entraría a formar parte para siempre de una experiencia fascinante que señaló toda una época.

Aquellos chiquillos, ya en plena juventud, protagonizaron inesperadamente parte de la historia que deseo contar.

Una noche lejana de Miércoles Santo, en el inactivo Mercado de Mayoristas de la Plaza de San Francisco se procesionó, por primera vez, el Stmo. Cristo de Medinaceli.

Catorce años, la media de edad de aquellos horquilleros. La primera experiencia. El primer trono de peso. Camisa blanca y pantalón oscuro, la uniformidad del momento.

¿La preocupación de los mayores? Que aquellos niños no tuvieran fuerzas suficientes.

Cuando llegó la hora, sonó el tercer toque de la primera campanada de su tiempo. La ilusión se desató. El entusiasmo se desbordó. Y los hombros se estrenaron.

Y al Cristo de Medinaceli lo iba acariciando la mecida emocionada del



momento cuando, de pronto, una lluvia no esperada se precipitó fuerte. El agua caída, se fundía con lágrimas de desconsuelo.

Hasta la ajustada calle de San Francisco duró la felicidad de sentirse por primera vez horquillero.

Esto aconteció el Miércoles Santo de 1970.

Un clamor se repite de menos a más en el interior de su templo. Una procesión ordenada de blancos penitentes son emisarios de una intensa devoción, congregada en torno a un Cristo al que sólo llaman por un nombre: Medinaceli.

Y Ntro. Padre Jesús Cautivo sale al encuentro de sus hijos. Ese día, quiere devolver la visita a los que le depositaron sus tres ruegos en marzo, el viernes primero.

Con un beso, estampan sobre sus pies benditos alabanzas sinceras, las mejores voluntades, los más íntimos deseos.

Sellan con los labios de la fe cada necesidad, cada problema, cada padecimiento. Tú sabes de todos y cada uno Señor. ¡Son tan numerosos y tantos los rezos!

Pero cada bamboleo de tu túnica blanca, en noche de corazones abiertos, es un remedio prodigioso que alivia, consuela, renueva la esperanza y desprende sosiego.

Jesús de Medinaceli, Cristo Cautivo. Medio siglo ya entre nosotros. Cincuenta años de clamor popular. Cincuenta años queriéndote y rogándote el sentir de todo un pueblo.

El recibimiento demostrado a la Virgen guapa del Rocío, recién integrada en la Semana Santa, llenó el ambiente de alegría.

El acontecimiento por sí sólo ya era importante. Pero lo fue más, porque vino a reforzar la todavía frágil consolidación de la Cofradía de la "Pollinica" que, por entonces, empezaba a superar las adversidades.

Sus penitentes estrenaron immaculados damascos. Todo era blanco, trono, flores, palio y manto. Como muestra de cálida bienvenida, los aplausos abiertos y efusivos movieron el aire primaveral, y la Banda de Música de Gibraltair ponía pentagramas de gloria en tarde tan especial.

Cuántos cambios sustanciales desde que ocurriera aquello. Cuánto trabajo, cuánta dedicación, cuántos desvelos.

Es la Cofradía primera. Con ella aflora la ilusión y la tradición se renueva. La hermosa y radiante Virgen del Rocío destapa los sentires. Es tan diferente en su figura, en lo original de su palio transparente, en el encaje blanco





que recorre su manto, en las estrellas de su diadema de plata, en su cabello al descubierto, en la carencia de penas porque no desgrana lágrimas.

Su gozo disimulado, por ver a su Hijo todavía feliz, hace que este día se viva distinto, de otra forma, más efusivo.

Todo es inicio en el Domingo de Ramos, todo es comienzo, todo es estreno. Primeros penitentes, primeras faraonas, primeros olores a incienso, a cera nueva, a flores frescas, primeros ¡vivas!, primeras palmas, y primeras palmeras, primeros gemidos de tambores y primeros llantos de cornetas.

De par en par se abría su Iglesia, dejando de ella los tronos salir. Una Cruz Guía plateada, de artesanía veleña, llevada por manos devotas durante largo tiempo, arrancaba el cortejo. Y la banda de la Cruz Roja de Ronda ponía el olivo del Señor del Huerto en movimiento.

Primera Cofradía con título de hermano. Primer pago de cuota. Primer deber como mayordomo, con escudo de verdes palmeras en antigua capa blanca. Y primer montaje de tronos, desempolvados en la Pensión Mercado, ensamblados en el patio del convento y rematados Iglesia dentro.

“Niños”, -mandaba alguien-. “Limpiad el trono del Huerto, pero las tallas de cada paño entre las cartelas, cuidado con ellas, ni tocarlas siquiera, que están doradas en oro fino”.

Ya en nuestros días, no es posible ir a descansar en la madrugada del Miércoles Santo sin visitar, con ansiada cortesía, al Huerto y a los Desamparados.

Algo hay, sobrenatural, en esta Imagen sin tiempo. En sus ojos que tocan el cielo, en sus labios abiertos que sueltan aliento, en los rizos de su barba tupida, en sus manos que imploran consuelo, en todo su ser especial.

Es difícil de decir y muy fácil de sentir. ¡Lo queremos tanto!

Existen pellizcos en la Semana Santa que fluyen espontáneos y atraviesan el alma.

Ver a Jesús del Huerto orar por nuestras calles es un pellizco.

La escena de Cristo posado en sus rodillas, el ángel que lo conforta y el olivo que lo arropa entre las hojas pequeñas de sus ramas grandes es tan verdadera que se hace viva, cuando el paso de sus fervorosos hijos no lo impone músicas procesionales, ni un golpe de campana siquiera, sino el ritmo del corazón mismo de esos hombres que, por devoción, levantan sobre sus hombros, cada año, a Jesús Orando en el Huerto, llevándolo por el Vélez de su pasión.

Este mismo pregonero ya lo dijo: “Quien no haya visto bajar al Huerto por la calle Enmedio, nunca sabrá lo que es ver a Dios acariciar la tierra y el cielo”.



Y detrás, siempre con Él, filas de mandas vela en mano. Almas agradecidas por sabe Dios qué otorgamiento.

Ordenadas sin ordenantes, sin patronos establecidos, con fervor y en silencio, acompañan a la venerada Imagen de Jesús en las noches tibias de su Oración Santa.

¿Cuál es el motivo por el que están disminuyendo, en casi todas las Cofradías, las mandas o promesas?

¿Estará originado por crisis de fe o por cambios generacionales? ¿O por interceder entre éstas y el trono una banda de música, que a todos nos gusta llevar detrás porque ayuda a soportar el peso? Pero reconozcamos, que son costumbres importadas de otros lugares, donde no existe esta manera antigua de exteriorizar el fervor.

Que cada cual lo interprete como crea. Pero esta manifestación voluntaria es una de las muestras más auténticas y sacrificadas de nuestro modo de implorar y rezar a Dios y a María. Esto es religiosidad popular en esencia pura, verdadera, profunda y sincera. Hagamos lo imposible por conservarla, valoremos su importancia y el sentido piadoso que las mueve.

De las inquietudes de hoy ha llegado. Del sueño del mañana es la protagonista.

Nunca existieron unos ojos tan llenos de dolor como los suyos. Ni un gesto de mayor desconsuelo en su retrepada cabeza. Ni unos labios que exclamen tanta pena. Ni un llanto tan amargo.

Sí, es la Madre del Cristo de los Vigías, la que padece el Mayor Dolor, nuestra Señora.

Ella sí tiene partida de nacimiento como veleña porque ha nacido aquí. Ella sí es Hija predilecta de su ciudad. Ella sí es honra de sus hijos.

Deseamos que pronto, pero sin prisas, acompañe tras la cruz de su Hijo en Viernes Santo de primavera veleña. Entonces y sólo entonces, el sueño se verá cumplido.

Un día cualquiera se oye el rumor: “Han traído desde Granada a un Cristo Atado a la Columna. Dicen que es una Imagen impresionante. Y está en la Iglesia de las Claras”.

Aquellos estudiantes jóvenes alteraron la rutina de los más jóvenes que ellos. Contagiaron ilusión y ganas a la gran mayoría. El resultado, participar en la procesión de penitentes y, si tenían estatura suficiente, a meter el hombro como horquilleros.

Ntro. Padre Jesús Atado a la Columna fue procesionado en su partida en el trono de la Pollinica. Hasta que, poco después, compraron el que poseían las Cofradías Fusionadas de Vélez.





Distinta despuntaba ya en sus comienzos. Salía desde la calle Compás y, en alguna ocasión, acompañó también el Cuerpo de Regulares.

Con el tiempo, decidieron alterar la costumbre. Estrenaron trono de tono seráfico y formas sobrias. Y ese año, salieron desde la Iglesia de San Francisco recuperando parte de su historia.

Suena un himno en tardes de silencios. Sus notas dejan en el aire indicios de cortejo austero y severo. Su canto se repetirá tantas veces como veces levante el hombro el varal que su trono mece.

Las erguidas naves de la Iglesia de San Juan, su segunda Sede Canónica, amplifican la entonación del *Gaudeamus* que, en tono desigual, emiten profesores titulados en hermandad y amistad.

Detrás, desde tiempo, la Banda de Música Municipal. Partituras de historia en torno a nuestra Semana Santa, indispensable en ella.

Hombres, mujeres y niños son citados a convocatoria general de exámenes para tratar un sólo tema: la procesión de su Cristo. Las asignaturas a estudiar: el amor, la dedicación y el sacrificio. En la nota final se evaluarán el orgullo de ser y participar, la satisfacción por cumplir con el deber y la gratitud por todo lo conseguido.

Cristo de los Estudiantes veleños, déjate curar las llagas sangrantes y desgarradas de tu cuerpo, con el propósito de enmienda de cada asignatura aprobada, cada título académico obtenido, cada puesto donde desarrollar esos conocimientos.

Nunca constituyó Cofradía propia. Su principio transcurrió el Miércoles Santo junto a Jesús de Medinaceli y Santa María Magdalena. Muchos avatares en sus comienzos. Trono grande traído de otra Semana Santa, manto negro y palio blanco. Así, año tras año y cambio tras cambio, hasta formarse como la Cofradía de María Stma. de los Dolores.

Acierto y firmeza tuvieron sus hermanos al rescatar del olvido un día de pasados gloriosos: el Martes Santo.

Nadie quedó indiferente al conocerse la noticia. Nadie pudo decir que no se alegraba, y todos valoraron debidamente el enorme esfuerzo que aquello supuso.

Ni el oscuro de su manto negro, ni el luto de su negro palio pueden cubrir de sombras el amor que se le profesa a la Virgen de los Dolores. Amor, puesto de manifiesto cuando recorre las calles, cubiertas por cientos de voluntades, que la quieren y desean rezarle con los ojos que sólo la fe puede tener.

Hermanos de su Cofradía de siempre, gente buena que durante tantos años no habéis dejado dudas del cariño que volcáis hacia vuestra Sagrada



Imagen. Que el amor a la Virgen os ilusione tanto que solape los errores cometidos. Que ésta sea la mayor honra que como dignos Cofrades podáis poseer.

Virgen compasiva de los Dolores, cuando sales en procesión Vélez quiere estar contigo. Y desbordan las aceras y aplauden a tu paso, y te rezan en las esquinas, y te lo agradecen llorando. Y con cariño te dicen una y otra vez, ¡Virgen de los Dolores, Señora del Martes Santo!

Jesús Nazareno “El Rico” ha recuperado la advocación carmelita que tan importante resultó en los tiempos de su existencia.

Su historia ha quedado unida a la de su bendita Madre, haciendo de las dos una única, como única es su Real Archicofradía.

La Virgen de la Piedad ha querido entregar a su Hijo un trozo de sí misma, de su testimonio más significativo: el trono de finas tallas de su comienzo entrañable.

Algunas Imágenes desprenden un misterio especial. De Jesús “El Rico” emana todo el poder y fluye toda su fuerza cuando, cargado con su cruz, se deja envolver entre naranjos viejos del Paseo Nuevo.

Dentro de una nube densa, perfumada de incienso, se insinúa el morado y oro de su túnica, reflejo de lo que fue. Su trono viene alfombrado por un manto de rosas encarnadas para que pise sobre ellos la dispuesta zancada del Nazareno del Carmen, dejando tras de sí un surco de perdones y de arrepentimientos.

Después, no repuestos del momento, siguiendo el itinerario abajo, la mirada se vuelve a enternecer.

Las Monjas Carmelitas, sus moradoras contemplativas, aliviarán sus heridas con bálsamos de amor y rezos cuando, cansado, dolorido y maltrecho, pase junto a la Iglesia de su convento.

Y darán gracias a Dios por ello.

En cada amanecer nuevo cantarán maitines, y laudes, y ángelus, y vísperas, y nonas todos los días de todos los años, ajenas al tiempo.

Las páginas más trascendentes de la historia viva de nuestra Semana Santa se han escrito en el siglo que hace poco terminó.

Cómo no recordar, por espectacular, el estreno en procesión de la Virgen de la Amargura. Esperada para el Domingo de Ramos y trasladada a la noche del Jueves Santo.

Un trono de dimensiones exageradas, adquirido a una Cofradía mala-gueña. Restaurado y dorado en la Iglesia de Santa Rosalía -también cerrada





al culto-. Carrocería con ruedas y volante, en vez de horquilleros. Partir a la inversa, desde Plaza San Juan de Dios a Cuatro Esquinas, por calle Coronada, y el cañón de luz del Teatro Lope de Vega, iluminando por tribuna el paso de aquel trono inmenso.

El éxito obtenido por sus novedades no fue suficiente. Al otro año, el atrevimiento mayor. Al pesado trono le acoplaron unos largos y cimbreantes varaes para ser llevado a hombros. Además, se fusionó con la Cofradía de Jesús de la Humildad que, por entonces, no se procesionaba. La Pollinica todavía era la Cofradía matriz y la Virgen recibía culto en la Iglesia de las Claras.

Aquellos jóvenes, asiduos penitentes del Domingo de Ramos, también tuvieron que serlo de la Virgen de la Amargura. Les entregaron para ello, con una sola túnica dos capas, una rosa y otra de color rojo.

Pero el destino se atrevió a cambiar el curso. Las Fuerzas de Regulares desfilaban aquel año con ambas Imágenes. El Barrio del Pilar respondió y sus hombres llenaron los espacios de los prolongados varaes. Pero las maderas se rindieron, no aguantaron el peso, se quebraron. Y a la entrada de la antigua calle de la Feria, ante la mirada atónita de propios y extraños, se vivió el fin de un comienzo demasiado reciente. Por si fuera poco, las nubes descargaron un agua recia que todo estropeó. Nada se pudo hacer. El patrimonio quedó inservible.

La Amargura, aquella madrugada, lloró lágrimas rojas.

Pero el coraje de aquellos históricos cofrades, por el amor a su Virgen, salió reforzado de tanta adversidad, como quedó demostrado años más tarde.

Es la media noche de un Jueves Santo presente. Los vecinos de su Barrio aguardan expectantes la llegada de sus gloriosos protectores.

Cuando la Virgen de la Amargura entra en San Juan de Dios, su hermosura es tanta que traspasa las fachadas blancas de las casas, y se cuela en ellas. Sus gentes exclaman con sentimiento "¡qué guapa viene!".

Y el palio rojo emite melodías que se funden con las interpretadas por la banda que detrás acompaña. La luz de la candelería prende con más fuerza para iluminar mejor su semblante primoroso. El perfume de las flores se mezcla con el olor a incienso provocando fuertes sensaciones.

Y los hombros de sus casi doscientos hijos, que orgullosos la llevan, parecen ser uno sólo. Porque lo hacen por amor y así, con amor, los tronos no pesan.

¿Por qué dejamos perder con tanta facilidad nuestro legado más auténtico, nuestras tradiciones más rancias, lo que nos distingue y diferencia?



Presumimos del paso veleño como propio. ¿Por qué no presumir también de la bandera o del escapulario, tan original y elegante, o de las capas de penitentes que cada año están siendo menos utilizadas?

Existen signos evidentes que no nos identifican, y desprenden una imagen errónea de lo que no somos y nunca fuimos. Si de verdad queremos una Semana Santa con nombre propio, conocida y reconocida fuera de nuestro ámbito, con prestigio y solera, hay que recuperar viejas costumbres, actualizarlas, dignificarlas y ponerlas de moda. Evitando el modo de traer malas imitaciones de otras formas y normas que nada, repito nada, tienen que ver con el carácter y sentir de nuestro pueblo.

La paciencia es un don que posee el que sabe esperar. Y esa calma en la espera a traído como resultado poder procesionar a Ntro. Padre Jesús Coronado de Espinas, entre ríos de personas que han aplaudido el comportamiento serio y devocional de sus hermanos.

Estáis a corta distancia de ser considerados una Cofradía más en el seno Agrupacional. Formaréis parte de ese importante Martes Santo, por todos anhelado, donde seréis recibidos con un fuerte abrazo de hermandad y acogida sincera.

Desde su camarín Real, erigido siglos atrás en Puerta Real de la Villa, la Virgen de los Desamparados, llamada hoy por antes, también Concepción, fue durante tiempo testigo Celestial de juicios sumarísimos.

Fuente inagotable donde saciaban el espíritu caminantes necesitados de Ella, de su compañía y de su presencia.

Madre confesora, confidente, Vecina Sagrada de las gentes de su barrio, centinela de largas madrugadas, conciliadora de sueños, evocadora de oraciones en la noche. Primer saludo del día, amanecidas de esperanza.

Las murallas sienten añoranza, tristeza, porque ese balcón del firmamento celeste permanece cerrado, sigue vacío, silencioso, oscuro, como si la Virgen de los Desamparados, su inquilina eterna, se hubiese ido para siempre.

Madre de los Desamparados, cuánta hermosura hay en tu edad de "Niña", en la mirada celeste de tus ojos, en tu dócil llanto.

Por Ella, es Pontificia su muy antigua Cofradía.

El Miércoles Santo, sugestiona verla descender mercado abajo. Donde los hilos de oro de sus bambalinas vierten luz al crepúsculo de esa tarde, antes de que aparezca la oscuridad de los sueños.

Un sueño sí que es deleitarse con la suprema belleza de esta Virgen nuestra de todos los tiempos. Vibrar con la inmensidad de su trono, donde los cirios tildados de tiniebla respiran entre las flores, sus arbotantes cimbrean





libres, al descubierto, y la gloria de su palio, la gloria de su palio es la misma puerta del cielo. Azul es su color, azul su Inmaculada pureza, azul, su Divina Concepción.

Para los cofrades, la nostalgia de lo que se perdió en épocas anteriores es algo que cautiva por misterioso y desconocido.

Lograron rescatar una advocación que permanecía dormida en la cuna del tiempo. Una Cofradía emblemática y antigua, la del Stmo. Cristo del Mar.

La ciudad aún no se había sobrepuesto a esta procesión disciplinada del Viernes Santo cuando, poco tiempo después, queda sorprendida de nuevo con la incorporación de la Stma. Virgen de las Penas. Imagen muy bella, en la que pronto anidó el fervor.

Tres décadas se consideran poco tiempo en la vida de una Hermandad. Pero cuando los logros han sido tan importantes, en verdad, hay que reconocer el esfuerzo.

Una Cruz Guía arbórea, seguida por dos originales faroles, da inicio al cortejo del Señor del Mar y María Stma. de las Penas. Una brasa de oro candente, de tallas cóncavas, decoradas con bajos relieves, componen su magnífico trono. Arriba, en el calvario, Cristo está expirando, se le rompe el hilo de la vida. Sin separarse de Él, la mujer de Magdala, San Juan, el discípulo amado, y la Madre de Jesús, la Virgen de las Penas.

Su belleza se transfigura con este sufrimiento. Ya no puede con tanto dolor e inclina la cabeza, y desvía su mirada melancólica a los pies del madeiro, donde su Hijo está entregando su alma.

Madre de sugerentes ojos cansados, que siguen vertiendo lágrimas de Pena que se deslizan por su rostro sensitivo, en busca de la comisura del labio, para beberse por dentro la Pena.

Admiración, respeto y silencio provoca este representativo grupo de misterio, cuando va acariciado bajo los acordes de su magnífica Banda de Cornetas y Tambores.

Asistir al Triduo Pascual en la Semana de Pasión no es un deber. Es una necesidad.

Tener un rato de intimidad con Dios, de oración y de silencio, es una experiencia reconfortable al alcance de todos.

Es la forma más apropiada de prepararse para vivir toda la fuerza de estos días Santos. Dando a cada celebración su tiempo, su momento y su reflexión para, después, entender con mayor claridad el significado de las procesiones.

Desde la puerta de la antigua oficina de Correos, en la entonces llamada



Plaza de España, a la intemperie, sin tinglados de protección, se montaba el trono de Santa María Magdalena, el mismo que compartía con el Resucitado.

En ese lugar comenzaba su itinerar, siendo la que abría los desfiles del Viernes Santo.

Muy antigua en su existencia. Cuantiosas sus vicisitudes, pero no carentes de interés, nació Carmelita, y Franciscana se hizo después.

De Cofradía soberana, pasó a fusionarse con la del Stmo. Cristo Resucitado. Hasta que, en los años setenta, formó definitivamente Hermandad con Jesús de Medinaceli. Cambiando por ello su Iglesia por la de San Juan y el día habitual de su salida.

Santa María Magdalena siempre ha procesionado en solitaria. Es un legado del que Vélez debe sentirse orgulloso. Los textos Bíblicos ya narran su belleza. Aquí, su imagen es aún más bella. Una aureola de misterio la seduce, la envuelve, nos lleva a otra época. Su trono barroco es de los pocos conservados de la segunda mitad del siglo pasado. Su apariencia en la calle es inconfundible, señera. Fuertes lazos de cariño se ciñen en torno a su figura, como queda demostrado por las continuas muestras que a su paso se evidencian.

Los hombres y mujeres de su Cofradía han ido dejando una huella profunda desde atrás. Un esfuerzo firme y constante que hay que elogiar, porque el resultado de ese trabajo bien construido se pone de manifiesto precisamente hoy.

Viene desde la antigua mezquita convertida en templo de la cristiandad. Donde al cobijo de arcos árabes, fijó su estancia, desde que el Obispo de la Diócesis lo consagrara al culto de la fe.

La Iglesia de Santa María la Mayor ofreció morada perenne a la nueva Imagen de Jesús de la Sentencia que, con túnica blanca y brazos tras la cintura, emprendió salida procesional el día de su estreno.

Que no pudo ser, por antojo de la lluvia caída el Miércoles Santo, como estaba previsto.

Por esto, el primer capítulo de esta Cofradía recién creada quedó escrito para siempre, una tarde gris de Jueves Santo.

En su corta existencia, cuánto ha cambiado. Es tan distinta su iconografía, tan renovado en su conjunto y tan mejorado con la escena del ayer que, si no se supiera, se diría que es una Cofradía nueva.

El grupo escultórico que forma el misterio es natural en sus marcadas facciones, en la interpretación de los gestos, en los propios movimientos. De





tanta representación, destaca por el aura divina que lo rodea, la evocadora Imagen del Cristo de la Sentencia.

Su nuevo trono, de tallas flamantes, doradas y policromadas, es para disfrutar y recrearse.

Sólo el sufrimiento de Jesús, cruelmente sentenciado a muerte, pone dramatismo a la dulzura que envuelve a este Cristo que, todas las primaveras, recuerda con su presencia la injusticia de tantos inocentes, de todas las edades, condiciones y géneros, que son martirizados y ejecutados por orden del poder, del dinero y de la ambición existente en el mundo.

Cristo Sentenciado a muerte, que no sea tan cruel el corazón humano.

La Iglesia de Ntra. Sra. de Gracia, pequeña, distinguida y acogedora, fue sede de tantas Cofradías como capillas tiene en su interior. Quizás el tiempo haya borrado de la memoria que Nuestra Señora de la Soledad estuvo en ella durante años.

Desde allí, daba comienzo en las madrugadas del Sábado Santo la procesión de Servitas. Nombre por el que se conocía esta Imagen de la Virgen.

Cofradía conventual en sus orígenes más remotos. En la década de los setenta, cambió su sede canónica por la de San Francisco, quedando al culto en la capilla que ocupó años atrás Santa María Magdalena.

Desde entonces, cuando la Virgen de la Soledad abre las puertas del templo franciscano, todo está consumado. Las escrituras se han cumplido. Cristo ha muerto.

Las tinieblas envuelven la fría madrugada. Sombrías quedan las calles para que la luz no moleste los ojos llorosos y compungidos de la Madre, desconsolada sin consuelo.

Cofradía de estilo sobrio, impera lo sencillo pero riguroso. Números fieles de todas las edades la acompañan con incesantes rezos. Donde los aplausos son silencios, los vivas oraciones y las marchas procesionales cánticos a viva voz.

Cuando, de regreso, el destello de su corona de plata ilumina las naves de San Francisco va surgiendo la necesidad alegre de decirle: "Madre de la Soledad, seca las lágrimas de tu primoroso semblante, no estés afligida, aparta el desconsuelo y la tristeza, porque la muerte no es el final, es el principio de la vida eterna. Desde San Juan, al tercer día, tu Hijo Jesús resucitará".

Ha llegado el día más deseado del año. En el Compás, un revuelo de chiquillos nerviosos componían el orden del cortejo. Todo el misterio de la Semana Santa se apoderaba del entorno y, Triunfante, salía Jesús en su borriquita.



Qué magnífico patrimonio tuvo, medio siglo atrás, esta querida Cofradía pero, cuando se estaba componiendo el libro memorable de su historia, la época de mayor esplendor, entran nuevas prioridades, otras ilusiones, diferentes proyectos. Y poco a poco, comienza imparable su declive y decadencia.

Hemos visto a la Pollinica pasear sobre un trono de ruedas. Hemos asistido al deterioro progresivo y la pérdida de todo aquel ajuar. Y lo más triste, hemos notado su falta en Domingo de Ramos de ausencias, por no ser procesionada.

Pero llegaron aires frescos. Hombres y mujeres ilusionados, con ganas de rescatar ese tiempo primero.

Es Domingo de Ramos. El día ha estrenado un cielo azul nuevo. El sol se despoja de su color y sus rayos, esa tarde, quieren alfombrar las calles de oro, para el Rey que ha de caminar por ellas. A la sombra de la palmera, vieja e inseparable compañera, alegre cabalga Jesús, para entrar con alborozo en lo que pronto será su vía dolorosa, las calles de su Amargura.

Sus numerosos fieles, devotos anónimos, desean ver a nuestra entrañable Pollinica con ese gesto de serenidad que suscita la mirada limpia de sus ojos.

Este año será distinto. Un poco más triste, menos jubiloso. Las campanas de la Iglesia de las Claras, su sede Canónica desde hace medio siglo, no emitirán repiques de alabanzas y gloria a su paso, porque en calle de las Monjas, vacío está el convento donde moraban almas consagradas a la oración y a la vocación de la clausura.

Somos descendientes de una tradición que se debe conservar y mantener. Un patrimonio que no nos pertenece y que debemos dejar intacto para entregar a generaciones futuras.

Si hace más de cincuenta años, cuando casi todo estaba mal visto y censurado, el color rosa-malva de los penitentes de la Pollinica fue aceptado por todos, cómo explicar precisamente hoy, que este color que se ha extendido en las prendas de vestir más variadas de los hombres, haya sido eliminado por no sé qué motivos.

Horquilleros de la Pollinica de Vélez, ¿donde estáis?

Encandila la belleza de la Virgen del Amor. De gesto desviado, de finura en su porte, de baja mirada, de rasgos palpables de imperecedera juventud.

Juventud, como el tiempo de su Cofradía. Tan joven como el corazón de su barrio. Muy joven, como la Iglesia de su Parroquia.

Pronto, enriquecerá con su presencia el Martes Santo acompañando a su Hijo, Presentado al Pueblo.





Entonces, más significativo llegará a ser este día. Y, si Ella lo quiere, ahí estaremos, esperándola con el amor de unos hijos por siempre agradecidos.

Una gruta rocosa donde celebrar el Sacramento del bautismo, propiciaba más recogimiento y meditación ante el rigor del cuerpo sin vida del Stmo. Cristo de los Vigías. Celosamente custodiado por la robustez de la reja de su capilla.

Cofradía indiscutible en la organización esmerada, minuciosa para con los detalles, disciplina severa y la seriedad más absoluta.

Pionera en frente de procesión de metales nobles. De bordados nuevos sobre terciopelos granate. De altar de insignias en capilla. De distinguida uniformidad en horquilleros rectos. De elegantes escapularios como identidad propia.

Todos los años estrenaba el dorado del trono. Su oro, la purpurina de más quilates. Guardia romana con atuendo de conquistadores. Sandalias calzaban sus penitentes. Y bolsa con finos guantes blancos, pastillas de chicle y cajetilla de tabaco para dosificar el esfuerzo. La Guardia Civil del Pasillo Natera acompañaba vestida de gala.

El arcaico retablo de Santa María de la Encarnación es la procedencia de su primer calvario.

Hoy, como ayer, sigue siendo admirable el grado organizativo de esta Cofradía.

Su larga comitiva es una postal atrayente. Todo ese caudaloso río de plata sobre rojos y rojos sobre blancos, es una imagen seductora que altera de las calles su cotidiano aspecto.

Ha llegado el día, su hora y su tiempo. El Cristo de los Vigías, no alzado en cruz, sino con dorso suspenso, cruza las puertas de San Juan, su otro templo.

El silencio se impone al verlo, sereno va en su muerte, sus rasgos, severos. Señas notorias, más que precisas, para infundir austeridad y acatamiento, que es el sentimiento más destacado que hacia la cruz del Cristo elevan miradas de pasión en Viernes Santo de rojos faroles eternos.

Lleva entre nosotros más de tres lustros y cuánta pasión se cierne junto a Ella. Qué felicidad al saber que Jesús de la Humildad iba a tener de nuevo a su Madre, de advocación Paz, en su capilla de Bien franciscana.

Cómo olvidar la ceremonia irreplicable de su bendición. La solemnidad de aquella liturgia. La primera exhalación de incienso. La primera aspersion de agua purificada. El cirio encendido tras ser consagrada. O la primera Eucaristía en su presencia.



¿Te acuerdas, Padre Julián? Qué momentos. Cuánta dedicación. Y también, cuánta incompreensión.

Hoy, quiere el pregonero manifestar públicamente, sin reservas y sin trabas de conveniencias, cuánto nos enseñaste. Cuánto aprendimos de tu vocación franciscana, de tu ministerio sacerdotal. Cuánto tenemos que agradecer, sobre todo, los cofrades.

Un cambio profundo se produjo en las Cofradías gracias a tus consejos, insistentes y machacones. Contigo, hubo un antes y un después.

Por cierto, Rvdo. Padre, ya te habrás enterado de que, por fin, terminaron las obras de San Francisco. Ésas que tantas preocupaciones te dieron durante tanto tiempo. Que tus Hermanos Franciscanos ya disfrutaran, gracias a Dios, de un necesario y merecido confort.

Lo que son las cosas... Cuando, por seguridad de los frailes, hubo necesidad de sustituir la puerta de entrada al convento, no dudaron en denunciarlo porque decían que era "antigua", no vieja. Sin embargo, en la restauración, han reemplazado elementos "antiguos", que no viejos, por otros nuevos de corte moderno y todo está bien. Si alguien lo entiende...

Han cambiado bastante las cosas menos en un aspecto: poner a los hombres de acuerdo.

Su nombre es un deseo universal. Un grito desesperado. Una ilusión alcanzable. Una oración colectiva. Una causa verdadera.

Su nombre es gozo. Es llanto alegre. Es victoria. Su nombre es vida. Su nombre es PAZ.

Virgen Santa de la Paz Franciscana. Serena belleza del Jueves Santo. Dulcísima y delicada. Divino rostro de mujer. Quisiera decirte tantas cosas y tengo tan poco tiempo.

Verla en ese inmenso galeón que lleva por trono es un asombro compartido. Con cada cirio que flamea en su velamen se estimula el corazón, late denso. Cada mecida de su palio púrpura un rezo, un deseo, un ruego.

Cuando dobla una esquina se esparce un rumor, palpitan los pulsos. ¡Ahí llega la Virgen. Es la Paz! ¡Mira que es guapa!

Y despacito va apareciendo, como una insinuación, con ternura, corto su paso, lento, muy lento, sin que la brisa enfríe su semblante de Reina. Y eso, eso sólo saben hacerlo sus horquilleros.

Bien conozco del esfuerzo y dolor que bajo tu trono y bajo tu manto, soportan durante tan largo tiempo. Por eso te pido, Madre, licencia para que veles por ellos, cuídalos a todos, te lo ruego.

Dos cambios considerables anunciaban de que cercana estaba la Semana Santa.





Uno, en las Iglesias, al quedar tapadas las Imágenes por paños morados de Cuaresma. Y otro, cuando eran montados los toldos de “el Pobre y la Esperanza”, junto a la escalerilla de San Cayetano.

La poca edad de aquellos niños impedía presenciar la bendición de Jesús “El Pobre”. Pero era tanta la curiosidad por saber cómo aquel Nazareno podía mover la mano, que hacían contar los días que faltaban para que la Imagen Sagrada volviera a la serenidad de su capilla. Creyendo que, al observarlo de cerca, encontrarían respuesta a tan referido acontecimiento.

El paso de los años se encargó de hacerlo y de qué modo más íntimo.

Son las diez de la noche del día del Amor Fraternal. En Plaza de San Francisco, el calor humano quiere ser testigo de la salida procesional de tan célebre Archicofradía.

Cuántas sensaciones provoca Jesús “El Pobre” cada Jueves Santo. Portentoso Nazareno. Señorial, hasta en el modo de abrazar la cruz. Omnipotente con su mano redentora. Distinguido con la medalla de Oro de su ciudad.

Cómo embelesa cuando pasa en su espléndido trono, de tallas onduladas. Cómo sorprende el oro de su amplio cajillo, con rojos faroles que elevan inflexibles su escolta particular de ángeles. Qué veleño, qué personal, qué nuestro.

Al caer la madrugada, que deseamos sea temprana, la tradición se manifiesta en la Plaza con más sabor antiguo del Vélez moderno. Y las miradas se prenden en la Mano Sagrada del Nazareno Franciscano que imparte su Bendición a todos los hogares, a todos sus rincones, a todo su pueblo.

Enhorabuena hermanos y felicidades sinceras, por celebrar este año medio siglo de bendiciones solemnes, de esperanzas repletas.

“Niños, no hagáis ruido, que está el Señor muerto. ¿Veis cómo lo tiene la Virgen en sus brazos?”. Era la llamada de atención de los padres cuando, al recorrer las Estaciones, se visitaba la Parroquia de San Juan.

La primera parada, ante la Virgen de las Angustias. Conmovedora. El rostro ajeno. La mirada puesta en el cuerpo sin vida de su Hijo, curvado sobre sus rodillas. Qué misterio. Cuánto silencio. Qué recogimiento al observar aquella escena sobrecogedora.

De su trono, cómo llamaban la atención, las cortas y delgadas velas de aquel velamen de acetileno, tan especial por pequeño, característico de las Vírgenes veleñas.

Cuán importante llegó a ser el Septenario de esta significativa Cofradía. Cuántos devotos de la Virgen de las Angustias acudían a la solemnidad de aquellas liturgias, llenando por completo las maderas de los incómodos bancos.



Cómo aceptar que se pierdan estas costumbres. Y qué hacer para recuperarlas.

La estampa del ayer, mantenida en el presente, la protagoniza esta Cofradía. Trono dorado de carrete, a la antigua usanza. Prismas de cristal en las ramas de sus arbotantes. Manto corto de cola, reliquia conservada del recuerdo, y cruz con mortaja única en su valía sobre un Gólgota dulcificado en su dramatismo, para una Madre que lleva a su Hijo muerto y no deja de llorar.

Hijos de la Virgen de las Angustias, consolad su tristeza con vuestro amor. Que sus lágrimas no alteren tanta belleza. ¡Cantadle “El Novio de la Muerte” como oración en las ferias, en las calles, en los lugares de encuentro... Qué importa donde sea, si a Ella, siempre estará dedicado! Sus legionarios le rezan cantándolo una y otra vez, cuando ante su Cristo y ante Ntra. Señora los Viernes Santo desfilan.

Entre acordes musicales avanza su trono. El paso que infunden sus horquilleros es tan suave, tan pausado, que el sudario de su cruz permanece estático, paralizado en el instante. La Virgen, con su Hijo desplomado entre sus brazos, llega a quedar ingrávida en un soplo de tiempo. Entonces, hasta el oro de su manto se confunde con la bóveda oscura y profunda del firmamento que, esa madrugada, no lo salpican ni las estrellas ni los luceros, porque hasta el cielo se ha cubierto por Ella de luto negro.

Desde la Cruz del Cordero y Barrio del Pilar, el Gran Poder de Jesús partía con ilusión como Titular nuevo. Lo hizo, cómo no, en el trono de la Pollinica, iluminado por cuatro faroles antiguos del Cristo de los Vigías.

La Virgen de la Amargura, tras dos años de clausura, estrenaba un precioso trono de plata cordobesa, que fue motivo de admiración.

Aquel Viernes Santo siempre será aludido por coincidir el estreno en procesión, del Cristo del Gran Poder en su Tercera Caída y, desde San Francisco, de la Virgen de la Caridad.

Parece como si la historia hubiese querido acentuar ese día. Esto pasó una única vez el Viernes Santo del año 1973.

Pocos conocen que Jesús del Gran Poder pudo ser franciscano. Su inolvidable Hermano Mayor quiso convencer a los jóvenes de la Caridad, para compartir capilla en San Francisco. Evidentemente la idea no prosperó pero en la historia queda.

Desde que su cuerpo desplomado llegó a esta tierra para la que fue creado, una enorme devoción en torno a su Imagen fue emergiendo.

Quién no queda sobrecogido al verlo, encandilado por su fuerza expresiva, cautivado por sus manos, admirado hasta de su túnica, las arrugas. Sus





ojos liberan vida. Su mirada atraviesa el pecho. Y el patetismo cruel de su caída vencida es para perderse en el laberinto del sufrimiento.

A Jesús del Gran Poder, no sólo su barrio lo quiere, sino Vélez por entero. Todos los veleños presumimos con orgullo de tener al Gran Poder de Dios, tres veces caído, entre sus Cristos Nazarenos.

Se ha impuesto recientemente la moda de crear en las Cofradías un Grupo Joven. Ciertamente es que realizan una labor valiosa y meritoria. Además, gracias a ellos, tranquiliza saber que la continuidad de la Semana Santa está garantizada.

Los jóvenes Albaceas y Vestidores de ahora están demostrando tener un talento natural sorprendente. Lo vemos casi a diario.

¿Qué necesidad hay, entonces, de imitar nada de fuera? ¿Por qué no vuelcan el ingenio y la capacidad creadora que poseen, innovando nuevas formas que sean de exclusividad veleña?

¿Por qué están cambiando hasta el lenguaje cofrade, nuestros propios vocablos, nuestra propia jerga? Pero, ¿hasta el modo de hablar tiene que ser sevillano? ¿Ni eso de lo nuestro les llena?

Precisamente, por ser esta juventud la que va a coger el relevo, deben conocer en profundidad el pasado, para que no ocurra esto en el presente. En las Cofradías, saber de la procedencia, las raíces y las costumbres, llega a ser fundamental para marcar diferencias de un lugar con otro. Si esto se perdiera, nos quedaríamos sin identidad, sin apellidos, todos seríamos iguales...

Una pequeña torre despunta altiva sobre un Camarín de amplia balconada, en calle de las Tiendas fundado.

Belleza sin par, el tesoro que dentro muestra. Una ráfaga radiante daba forma a su figura. Corona plateada bajo encajes perfilados por su negro cabello. Dos zarcillos prendidos, cetro de Reina en una mano y, en la otra, un Jesús niño con cariño maternal abrazado.

Así fotografió la memoria, como estampa antigua de color sepia, a la Stma. Virgen de la Piedad, la "Novia de Vélez", cuando el camino diario al colegio de los Frailes pasaba por delante de Ella.

Cofradía muy cercana. Tenían su propio lema, "los más y los mejores". Cambios constantes de estilos ha sufrido en su patrimonio procesional.

Pero la entrega denodada de sus hermanos ha alcanzado logros muy significativos.

La Virgen de la Piedad, custodia gloriosa y perenne, ha llegado a su Capilla-Camarín. Dispuesto se desintegra en rayos luminosos de colores brillantes. Su vecindad de siempre, acude por recuerdos vividos. Su placita se



siente llena, viva, como en los mejores años de su comercio. Y las Fuerzas de Regulares que, como antes, junto a Ella desfilan, se suman a este homenaje de amor perpetuo.

Blanco con oro, y oro con plata. Éste es su sello. A María Stma. de la Piedad hay que verla desde la distancia para tener amplitud de saborear con placidez la armonía de su trono, bajo ese palio blanco, recamado con oros de ensueños. No existe la noche ni el día, ni horarios ni tiempo, para ser visitada, cuando se tiene verdadera necesidad de ello.

Entonces, ante su presencia, las palabras no encuentran la voz. El corazón queda preso.

Con gran carga emocional, aderezada con la intriga que envuelve su historia, la Real Cofradía del Santo Sepulcro era “la Cofradía”.

No necesitaba otro calificativo. Lo era todo. Su oficialidad y estilo, su valioso trono, la popularidad de los plumeros, su rico ajuar, la dignidad de su desfile.

Se advertía de su presencia por el silencio. Ese que se oye cuando todos callan. Santiguarse a su paso e inclinar la cabeza era el precepto. Y un redoble especial marcaba el compás de su trono, llevado por hombres curtidos, de gestos serios.

Junto a la Cruz Guía, como debe ser, exclusividad musical. Se alternaban unos años con otros Policía Armada o “Panzones”, como popularmente se conocían, Real Cuerpo de Bomberos o Fuerzas Paracaidistas. Delante, la Banda de Música Municipal, como Cofradía oficial.

Bastante de esa época entrañable se mantiene en nuestros días.

Qué orgulloso se siente Vélez de su Sepulcro, como dice la voz del pueblo, único, en el mundo entero. Qué halo de nostalgias y sensaciones lo precede. Todo es perfecto en este trono de forma piramidal, coronado por un sarcófago de oro y cristal, para ver de Cristo su cuerpo dentro, circundado por penachos de hilos vidriados en incesantes movimientos.

Severo duelo en el desarrollo de su procesión, no carente de silencios, aliviados en su drama por músicas, sólo de réquiem, por su luto y por respeto.

Pero todavía no ha entrado de regreso en el templo. Se resiste, apura la última luz antes de que el cielo sea cubierto por un manto de tinieblas, que escudriña en los aledaños de San Juan hasta que Cristo, en su Sepulcro, se pose dentro.

“¿Cómo se llama esta Virgen?” -preguntaba a los compañeros del colegio de los Frailes, cuando rezábamos en la Iglesia-. “No lo sé”, -respondían- “creo que se llama Virgen de los Labradores”. Otro contestaba: “No, es la Virgen de la Caridad, lo sé porque me lo ha dicho mi madre”. Y cierto era...





Siempre te recuerdo a la diestra de la capilla del Señor de la Humildad. Dentro de una sencilla y fría hornacina, donde tu única asistencia, tu albacea único, tu vestidor más cuidadoso, sólo era la hoja de cristal que servía de protección, y que impedía acariciar con la mano tu maltrecho manto negro, gastado por el paso del tiempo.

Apenas tuviste una flor que te alegrara en primavera, ni una vela que alumbrara la pena de tu abandono, ni siquiera un gesto de cariño que consolara tu tristeza. Nada, Madre de la Caridad, nada. Tan sólo aguardaban inexorables las solitarias y húmedas paredes del desván franciscano. El triste y amargo final de un existir.

Pero las páginas de estas vivencias ciertas se empezaron a escribir desde ese desván. Pocos años después, esos jóvenes -quién sabe si llamados por Ella- redimieron aquella Imagen de la Virgen. Y la pusieron de nuevo al culto en el lugar más valioso de toda su Iglesia, el más importante, el más destacado y reservado. Donde en verdad está Dios presente: en la capilla del Sagrario.

¿Existen los milagros?

Se derrumbó el techo de aquel desván y nada te cayó encima. Soportaste el frío, el viento y la lluvia que rezumaba por la ventana. Sonrojó la palidez de tus mejillas sólo por mandato del cielo. El tiempo natural no pudo marchitar un clavel rojo entre los blancos de aquel ramo. Y conocieron de tu existencia. Y todos fueron a verte. Y te adoró un barrio entero. Y te rezaron todos los días. Y besaron tus manos unidas. Y se entregaron a ti. Y por ti, sin preguntar, lo dieron todo.

Y desde entonces hasta hoy, y desde hoy hasta siempre, el corazón dejó de pertenecernos, porque por entero te lo entregamos. Virgen Santa, de la Caridad Bendita.

De esta experiencia incomparable, en poco, habrá transcurrido cuatro décadas.

Hoy, es todo tan diferente...

Vélez celebró con júbilo la venida del Stmo. Cristo del Amor. Pronto empezó a quererlo, a sentirlo suyo. Sus primeras procesiones fueron claustrales. Venerado en el árbol de la Cruz, en Oficios solemnes, de inolvidables Viernes de Pasión.

Su Franciscana Cofradía apostó por uno de los pasajes Bíblicos donde más personajes figuran: el Sagrado Descendimiento de Jesús.

Sobre trono de delicadas filigranas de plata, va el misterio más completo de nuestra Semana Santa. Destaca por su realismo la Imagen del Cristo del Amor. Su Madre de la Caridad, rota de dolor, espera que los Santos Varones descendan el cuerpo sin vida de su Hijo, para abrazarlo y llorarlo.



Sus horquilleros, hombres tenaces, vestidos por hábitos nazarenos con rostros cubiertos, son los pies para el camino. Y detrás, su Banda. Cornetas de Caridad con tambores de Amor, imposibles de desligar de esta fraternal Cofradía. Significan demasiado. Si no existiera, habría que reinventarla. Gracias a sus componentes por dejar en este acto ecos armónicos con suspiros de otros comienzos.

Pero Vélez también entristeció al ser descendido del magnífico trono el palio morado y oro de su Virgen de la Caridad. El primer palio importante de nuestras Cofradías. El único palio del Viernes Santo. Más de treinta años de historia, ahora, enclaustrada. Dios quiera, como Vélez quiere, que esta situación no se prolongue demasiado en el tiempo.

Era el instante esperado más intenso. Una nube de incienso salía del interior de su trono. Un himno interpretaba el Real Cuerpo de Bomberos. Y lento, casi milagroso, se elevaba a la inmensidad celeste de los cielos de Vélez Jesús, Resucitado y Triunfante.

Esto sucedía el Domingo de Resurrección, en la salida procesional de esta singular Cofradía, con aquella pequeña Imagen que, seguro, se recuerda.

Luces y sombras ha mantenido su historia. Y un considerable patrimonio del que casi nada se conserva.

Pero esto ya quedó atrás. Actualmente, la realidad es, por fortuna, diferente.

Amanece un nuevo día. Esperado pero distinto. La luz de esta bendita tierra es más reluciente, más brillante, casi cegadora. La Parroquia de San Juan es la cita.

El dolor, la sangre y el llanto, la pena, la tristeza y la amargura, la angustia, el desamparo y la soledad no simbolizan esta Cofradía. Los lutos, los silencios, y los azotes. Las burlas, las espinas y las heridas no simbolizan esta Cofradía.

Porque aquí, el júbilo es con mayúsculas, todo es glorioso, todo es triunfante, cohetes, palomas, pétalos de flores, música, vivas, palmas. ¡Tocad, ángeles de cielo, cantad, coros celestiales, porque Cristo ha Resucitado!

Los hijos de esta Ilustre Cofradía tienen una responsabilidad añadida a su condición de cofrades. Un compromiso aún más fuerte, un deber, que supera a los demás. Su Titular es el que da sentido a todo lo conmemorado y celebrado.

La Iglesia os valora de un modo especial, lo sabéis y así debe ser. Por esa diferencia, por su profundo significado, debéis lograr una Cofradía ejemplar y sobresaliente, que destaque en todos sus aspectos. Y vosotros, claro que podéis hacerlo.





Diciembre, tiempo de adviento, de Natividad, de venida del Hijo de Dios. Diciembre, Eucaristía solemne en templo Franciscano, de capilla embellecida, de aroma a incienso y romero, de onomástica memorable. Del día de la Virgen de la Esperanza.

Muy importantes y concurridas también llegaron a ser las fiestas celebradas en su honor en Capuchinos, su barrio. Por este motivo, sólo por este motivo, era la única Imagen de pasión que procesionaba dos veces al año.

Al hablar de ese ayer, surge la necesidad de invocar aquel trono y manto de flores naturales, inventado para suplir las necesidades del momento.

Cuando esto ocurría, cuando era trono y manto, jamás la Esperanza fue más verde en su color, más verde en su aroma, más verde en su presencia.

Han pasado los años y de aquello sólo queda para algunos el grato recuerdo.

Hoy, cuando la Virgen de la Esperanza está en su trono, un suspiro recorre el cuerpo entero. Los elogios brotan de los labios: ¡Qué bonita va! Qué dulzura emite su rostro. Qué hermosa belleza. Qué señorío, qué potestad, qué grandeza.

A la Señora de la Esperanza le precede un halo de distinción desde siempre.

En los encajes bien dispuestos, en sus rosarios prendidos en mano, en las joyas de su pecho, en la ornamentación exagerada, en el bordado esmerado de su palio, en la exquisitez de su manto extenso, en adoquines de verde alfombrados por ramas de tomillo y hojas de romero.

Cuando Ella pasa, desprende una estela de sentimientos que a nadie, a nadie, deja indiferentes ni escépticos. Es un amor colectivo que empuja con tanto ímpetu el corazón que sin voz, a gritos, se lo va diciendo.

Dejemos a nuestras Imágenes en el recogimiento de sus capillas. Que es precisamente el lugar donde, por los fieles, son visitadas y requeridas.

Respetemos como algo Sagrado su intimidad, que invita y atrae a la oración. Su misterio, que hace mantener viva la fe. Su espiritualidad, que es causa de la devoción.

No aumenta para nada el fervor las continuas procesiones fuera de los días establecidos. En las Cofradías, todo tiene su tiempo, y todo tiene su momento. No forcemos ese proceso lógico que cada situación debe tener.

Han sido los últimos en incorporarse, y cuánto saber han demostrado.

¿Cómo han hecho fácil lo difícil? Han traído costumbres nuevas. Su puesta en escena distorsiona lo convencional.



En la desnudez sencilla de su Cristo, despojado de toda ostentación. En su estilo de trono, en la novedad de sus pebeteros, en los velillos de sus penitentes. Goza, además como pocas, de una extensa y amplia participación de jóvenes hermanos.

Al recuperar su ayer, fraguaron una idea: el "Ecce-Homo" tiene que integrarse en el Barrio. Una fantasía, un sueño, una ilusión.

Les costó años de esfuerzo y sobre todo, de perseverancia. Los hermanos de esta entrañable Cofradía de Ntro. Padre Jesús en su Presentación al Pueblo, se fueron a la base, al inicio del conocimiento, a las primeras lecciones, a los pupitres del Colegio los Olivos. No era una actividad más entre otras, sino un fin, un objetivo: asegurar el presente, para garantizar el mañana.

Orden, respeto y mucha seriedad se vive en la procesión de este Cristo sangrante. Venerado por todos a su paso cada Martes Santo.

La Virgen del Amor sale al encuentro cuando el cansancio se apodera de sus hermanos y puede con la voluntad. A pesar de ello, apuran las fuerzas para que la Madre salude al Hijo. Las puertas de su Parroquia marcan la despedida. Y, en silencio, dan gracias por estar presentes una vez más.

Hermanos del "Ecce-Homo", como bien decís, Él os ha elegido, sentíos predilectos por ello.

Hay momentos inolvidables, vividos por mor del destino.

Dieciséis años. Ocho consecutivos sin que se abriera el pesado cristal que protegía la cavidad de su altar franciscano. Ocho años para poder contemplar la visión más deseada y esperada: a Jesús de la Humildad recorriendo majestuoso las calles de Vélez.

Cuánto tiempo oyendo hablar de lo distinguido de su Cofradía, de su Realeza. De la banda de Valdemoro. De su importante patrimonio. De la riqueza de su túnica antigua. De su enorme trono de tallas barrocas.

Cuando salía el programa de Semana Santa, en aquella época, siempre formulaba la misma pregunta. ¿Salen todas las Cofradías este año? "No, todas no", -me respondían-. "La Humildad no sale, y dicen que la Magdalena tampoco". "Pero, si viene en el programa" -insistía-. "Sí, pero no tienen ni dinero, ni hombres para el trono".

Esto provocaba una enorme desilusión y rabia. Hasta que un año, 1969, gracias a la Cofradía de la Amargura, se hizo realidad aquella ilusión y quedó colmado el entusiasmo. Presencí con mis propios ojos la grandeza sublime y arrebatadora de Ntro. Padre Jesús de la Humildad. Lo que tantas veces había oído decir, resultó ser totalmente cierto.

Es inevitable preguntarse si Dios tiene a cada uno su camino asignado.





De los recuerdos almacenados, jamás se borrará la imagen de cuando subí, indeciso y nervioso, los empinados escalones que accedían a la urna del Señor de la Humildad.

Fue la primera audiencia. La primera vez que pude sentirlo cerca, la primera vez, que mi mano terrenal entró en contacto con la suya. Esa mano suya tan humana, esa mano suya tan divina.

Quién podía pensar, ni en sueños siquiera que, pasados los años, aquel niño inquieto tendría el honor de servirle como Hermano Mayor de su Cofradía.

Pero dejemos la nostalgia y saboreemos el presente.

Es un gozo para los sentidos ver al Cristo de la Humildad en la calle. Vibrar de emoción ante su elegante Divinidad. Recrearse en su soberbio trono. Desgranar con mesura la serenidad de su paso. Descubrir, uno a uno, los detalles de su comitiva. Percibir atracción por Él, por la majestuosidad que lo distingue, por su naturaleza humilde, por su gesto entregado, su mirada caída, atadas las muñecas y presas sus manos.

Cada Jueves Santo en su presencia es distinto, afloran nuevas sensaciones, otras inquietudes, diferentes deseos.

Cuando el martillo golpea vigoroso y hace temblar la campana, hombros morados por túnicas de devoción, fieles e incansables seguidores de Jesús de la Humildad, ponen en andas su trono de encaje y oro, para llevarlo al encuentro de todo el que cree en Él, y percibir instantes que la memoria no podrá olvidar.

Cristo, Jesús y Señor de la Humildad. Rey de Reyes. Rey del Universo. Cristo Rey. Siendo Rey no hay Cristo más Humilde que humanice tanto la Humildad. Ni rostro más apacible, ni actitud más bondadosa, ni entrega más dócil. Ni dulzura más generosa.

Él mismo lo dijo: *“mi reino no es de este mundo, y no tendrá fin”*. A ese reino celestial cuando nos llames, iremos. Pero aquí, en esta tierra de Vélez, jamás tendrá fin nuestro amor sincero y verdadero.

Hasta aquí las vivencias, los recuerdos, las ilusiones y los sueños de este humilde pregonero.

Pero falta algo importante por decir. Porque sin las personas, sin los hombres y mujeres que la hacen posible, la Semana Santa no tendría razón de ser. Hubiera dejado de existir hace bastante tiempo.

Ahora quiero reflexionar sobre la vida del cofrade. No con el corazón, sino con la cabeza fría, sin desvirtuar la realidad, sin exageraciones, sin halagos innecesarios. En estos momentos especiales e irrepetibles, deseo ser



objetivo, quiero salir fuera de este modo de vida al que pertenezco desde hace medio siglo. Quiero estar al otro lado, ser espectador anónimo en las aceras, visitador de Iglesias en contadas ocasiones, quiero vivirlo sin saber nada, sin conocer nada, quiero experimentarlo de nuevo.

¿Cómo definir al cofrade de hoy?

¿Un oportunista? ¿El que participa no para servir, sino para ser servido? ¿Quizás de entre los cristianos, el que posee más pobreza de fe, el que se considera por su cargo, con rango superior? ¿El que viene con afán de lucro? ¿Tal vez, el que quiere conseguir poder?

¿O, por el contrario, una persona sencilla, sentida y responsable? ¿Un ciudadano comprometido y honesto, con vocación de servicio hacia lo que considera una noble herencia, un sano propósito, conveniente incluso y puede que hasta necesario, en la complejidad de vida que nos ha tocado vivir?

Programar los impulsos del corazón, convirtiéndolos en sentimientos orientados a un fin concreto, es algo que aún no han conseguido manipular en las probetas de los laboratorios.

En un cofrade, su sentir primero es la propia Imagen. En ella descubre lo místico, lo enigmático, la proximidad, ver para creer, es la propia condición humana. Así se empieza a prender la llama y, poco a poco, lentamente, dejando pasar los días, van apareciendo los primeros síntomas evidenciales. El amor, el diálogo u oración, el compromiso y la total entrega.

Es obvio que haya quien se resista a esta realidad. No la entienden así, buscan y rebuscan en lo negativo que, por descontado, también está. Pero, si este comportamiento no lo motiva la fe y el amor hacia Dios, ¿cuál es su causa? ¿Cómo explicar que se mantenga firme después de tantos siglos?

El cofrade ha demostrado ser generoso, muy generoso, sacrificado y dócil. Las Cofradías, con sus hombres y mujeres al frente, están repletas de valores todavía vigentes, necesarios e incluso beneficiosos para la sociedad actual. Están dispuestos a mantenerlos a toda costa, como eje fundamental de su esencia, de su mensaje y de su credo.

Dentro de siete días, Vélez se vestirá de penitencia. Ya lo perfuma la flor del azahar, la primavera se ha hospedado. Ya todo está dispuesto. Hermanos cofrades, gente seria, vamos a hacer las cosas bien, como aquí sabemos. Demostrad cuánto amor tenemos por nuestras Sagradas Imágenes. Volcad las ganas. Echad el resto. Que esto no quede en un fuerte deseo, que sea una verdad de la que todos disfrutemos. Que las Cofradías sean una, como una es la Semana Santa de este pueblo.

Albaceas, poned a la Virgen guapa, muy guapa. Ella guiará vuestras manos, y el corazón os dirá cómo hacerlo. Horquilleros, ustedes como siem-





AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS DE SEMANA SANTA
-VÉLEZ-MÁLAGA-

pre, dispuestos, que vengan de fuera para ver cómo en Vélez se mece un palio, desde la salida hasta el encierro. Músicos, poned finos los instrumentos que Cristo, si os oye tocar, estos días sufre menos. Penitentes, cada uno en su puesto, con orden, con respeto, como tiene que ser, con los capirotos bien puestos y a sufrir para los adentros. Hermanos Mayores, Juntas de Gobierno, organizad cada procesión, que no se escape un detalle, ni un elemento, los de fuera y también los de dentro.

Y lo más fácil, lo más sencillo, lo que necesita menos tiempo, poned en movimiento a más de siete mil personas, que son las que hacen falta para que salga, como Dios manda, todo esto.

Muchas gracias.





*N*acido un 27 de febrero de 1956 en la calle Martillo de Vélez-Málaga, Antonio Galán crece rodeado de su familia y establece sus primeros vínculos con el cercano Convento de las RR.MM. Clarisas, donde desarrollará sus estudios primarios. Siendo alumno de este colegio, despierta en él un fuerte entusiasmo por las Cofradías de Semana Santa, participando en los desfiles procesionales de la Pollinica a muy temprana edad.

Con siete años, ingresa en el colegio Franciscano de San Antonio de Padua donde avanzaría en los estudios de educación general, favoreciendo sus primeros contactos con las Imágenes de Semana Santa con sede Canónica en dicha Iglesia, lo que aumentaría aún más su inquietud cofrade.

Tras su llegada al Convento de los Padres Franciscanos, Antonio se deja seducir por el misterio de las procesiones y hace sus primeras salidas penitenciales en las Cofradías de: Amargura, Medinaceli, Huerto y Desamparados y Estudiantes.

Al finalizar sus estudios en el Colegio de los Frailes, comenzó el bachiller en el Instituto Reyes Católicos y siguió su aprendizaje durante tres años más, esta vez cursando Formación Profesional.

Siendo todavía muy joven, envuelto por la devoción, y desde la fe que tiene arraigada, colabora activamente en la reorganización de la Cofradía de María Stma. de la Caridad, surgida en la calle que le vio nacer. En su Junta de Gobierno, asume el cargo de Secretario contribuyendo, además, a potenciar el esplendor de su desfile procesional para la noche del Viernes Santo.



Pregon Semana Santa 2010

Inquieto cofrade, queda conmovido ante la majestuosa Imagen del Stmo. Cristo de la Humildad y, decidido, participa íntegramente en la reorganización de esta Real Cofradía que, por diversos motivos, llevaba ocho años sin realizar su desfile procesional. En 1980 fue nombrado Hermano Mayor. A lo largo de estos treinta años, ha ocupado diversos cargos en los distintos Órganos de Gobierno. En la actualidad no posee ninguna función de responsabilidad dentro de la Junta, lo que no impide seguir colaborando activamente en cuantos actos desarrolla ésta, su Cofradía, a la que tanto debe y quiere.

Su dedicación a la Semana Santa en general, es plena y reconocida. Gran observador y exigente consigo mismo, en 1980 fue Vicepresidente Primero de la Agrupación de Cofradías y, años más tarde, Presidente de la Comisión creada para Asuntos Religiosos.

Antonio Galán Santana está casado y es padre de tres hijos: Cynthia, Cristina y Antonio Jesús. Admirador y profesional de las Artes Gráficas, dirige la empresa Gráficas Axarquía, imprenta que creó hace casi treinta años y que goza de gran prestigio, tanto en la Comarca como fuera de ella.

En 1994, fue proclamado Pregonero de la Archicofradía de Ntro. Padre Jesús Nazareno “El Pobre” y María Stma. de la Esperanza. Imágenes a las que profesa una gran devoción y cariño. Desde entonces, cada Jueves Santo, la Bendición de Jesús “El Pobre” es introducida con unas emotivas palabras pronunciadas por él.

Antonio Galán, siempre comprometido con todo lo relacionado con la Semana de Pasión organizó, junto a otros destacados cofrades, la Asociación Cultural Cofrade “Tertulia Entrevarales”. La primera tertulia cofrade creada en nuestra ciudad. Fue su Presidente, desarrollando importantes actos culturales, sociales y de carácter religioso, resultando magnífica la acogida que tuvo por parte de los veleños.

En el año 1997 es nombrado de nuevo Pregonero de la Pontificia y Muy Antigua Cofradía de Ntro. Padre Jesús Orando en el Huerto y María Stma. de los Desamparados (Antigua Concepción), Cofradía a la que había pertenecido en su juventud y de la que mantiene un gran fervor, admiración y respeto.

En el 2000, gracias a su constancia y capacidad organizativa, Antonio fue nombrado Presidente de la Comisión de Protocolo de la Agrupación de Cofradías, cargo que aún hoy desempeña.

Ha sido presentador, en varias ocasiones, de importantes Pregoneros. En 2007 lo hizo de D. Manuel Hijano Conde, al que le une una dilatada amistad, al ser el autor del cartel de Semana Santa de ese año.

Antonio Galán ha sido elegido Pregonero Oficial de la Semana Santa del año 2010 por la Agrupación de Cofradías, lo que le ha hecho reflexionar profundamente sobre toda su trayectoria como cristiano y como cofrade.





AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS DE SEMANA SANTA
-VÉLEZ-MÁLAGA-

ESTE PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE
VÉLEZ-MÁLAGA DEL AÑO 2010, FUE PRO-
NUNCIADO POR D. ANTONIO GALÁN
SANTANA EN EL TEATRO DEL CARMEN
EL DÍA 20 DE MARZO, FESTIVIDAD DE
SANTA ALEXANDRA

LAUS DEO

